

y del gulag, y los comunistas básicamente como defensores, si no partícipes, del terror y de la KGB. Se desconoce hasta qué punto esta retórica convenció a aquellos que aún no se habían convertido, los del «dios que fracasó», en tiempos de la guerra fría. Resulta difícil que estos ejercicios de execración sobrevivan largo tiempo en un siglo en el que incluso hoy tan sólo aquellos que tienen entre treinta y cuarenta años poseen algún recuerdo de los auténticos años de la guerra fría.

Sin embargo, Marx había de experimentar una especie de retorno inesperado en un mundo en el que el capitalismo ha sido advertido de que su propio futuro está en entredicho no por la amenaza de una revolución social, sino por la misma naturaleza de sus ilimitadas operaciones globales, ante las que Karl Marx se ha revelado un guía más perspicaz que aquellos que creen en las selecciones racionales y los mecanismos autocorrectivos del libre mercado.

16

Marx y el trabajo: el largo siglo

Parece adecuado que un conjunto de estudios de la historia del marxismo concluyan este ensayo sobre el movimiento organizado de la clase obrera. Para Marx, el proletariado era el predestinado «sepulturero del capitalismo», el agente esencial de la transformación social. En el siglo xx la mayoría de movimientos y partidos obreros organizados se asociaron al sueño de Marx de una nueva sociedad («socialismo»), y a su vez todos los marxistas, casi sin excepción, eligieron a los partidos y movimientos obreros como campo de acción política. Sin embargo, ni el marxismo ni los movimientos obreros pueden entenderse salvo como agentes históricos independientes, con una compleja y cambiante relación entre sí. Del mismo modo, tampoco puede entenderse el impacto de ambos en la historia del siglo xx.

Aunque todo lector del *Manifiesto comunista* sabe que los movimientos obreros se remontan a épocas anteriores, hay sin embargo una razón que justifica el comienzo de este estudio de los movimientos obreros y sus ideologías al final del siglo xix. La verdadera historia obrera británica empezó en la década de 1890, en particular con los extraordinarios estudios de Webbs sobre el sindicalismo. El primer análisis global comparativo apareció en 1900: *Die Gewerkschaftsbewegung. Darstellung der gewerkschaftlichen Organisation der Arbeiter und Arbeitgeber aller Länder* de W. Kulemann. Las primeras historias escritas en el seno de los nuevos partidos socialistas empezaron a aparecer más o menos al mismo tiempo; por ejemplo,

en 1898 salió la primera versión de la historia del Partido Socialdemócrata Alemán de Mehring.

Es más, la década de 1890 fue el decenio en que los gobiernos europeos reconocieron la existencia política de movimientos obreros sólidamente organizados. El gobierno británico publicó su primer *Abstract of Labour Statistics* en 1893-1894, y el gobierno belga empezó a publicar una *Revue du Travail* en 1896. Por primera vez un primer ministro británico, Lord Rosebery, en 1894, sintió la necesidad de intervenir personalmente para dirimir una disputa entre empleados y trabajadores. Cinco años después, el primer ministro francés, Waldeck-Rousseau, siguió su ejemplo tras ser invitado a ello por los obreros en huelga de la fábrica Schneider-Creusot. Aquel mismo año el gobierno francés dio un paso que conmocionó los partidos políticos del trabajo, o por lo menos los socialistas, hasta la médula. Nombró a un socialista de cuarenta años, Alexandre Millerand, al frente del Ministerio de Comercio. Hasta entonces, y durante muchos años, los socialistas habían dado por sentado que nunca participarían en el gobierno ni formarían parte de él hasta que la revolución o una huelga general hubiesen depuesto al capitalismo, o por lo menos hasta que un partido socialdemócrata hubiese obtenido una victoria electoral en solitario. Ideológicamente, ésta fue la crisis que inició la historia política del trabajo en el siglo xx.

¿Por qué concluyeron los gobiernos europeos que tenían que tomarse en serio el trabajo? Sin duda no por su fuerza económica, aunque había muchos empresarios que proclamaban que los sindicatos estaban estrangulando la industria. La organización sindical era todavía modesta: aproximadamente un 15-20 % en Gran Bretaña y Francia, y bastante menos en Alemania. Tampoco tenía una presencia significativa en Alemania, donde el Partido Socialdemócrata era con diferencia la fuerza electoral más potente con su 30 % de votantes (masculinos). Sin embargo, si había que introducir la democracia electoral, como parece probable, los partidos obreros podían acabar siendo importantes fuerzas electorales, como de hecho sucedió en Escandinavia y en otros lugares en los años anteriores a 1914. A pesar de todo, lo que verdaderamente puso nerviosos a los gobiernos no fue el cálculo electoral, sino la evidente conciencia de clase

de los trabajadores, que halló expresión en nuevos partidos de clase abrumadoramente «rojos». Como bien dijo Winston Churchill, presidente de la Cámara de Comercio de la nueva administración reformista liberal de 1906, si el viejo sistema bipartidista de conservadores y liberales se desmoronase, la política británica se convertiría en una política de clases abierta, es decir, una política dominada por el conflicto de interés de clase. En Gran Bretaña, la mayoría de cuyos habitantes eran o se consideraban «obrerros», éste parecía ser un asunto de extrema urgencia, pero evitar la política de lucha de clases eran un problema general.

La crisis Millerand obligó a los nuevos partidos obreros a considerar por primera vez, pero no por última, su relación con el sistema en el que operaban. Había llegado sin duda el momento adecuado para plantear esta cuestión, porque, casi al mismo tiempo (en el otoño de 1899), Eduard Bernstein, uno de los primeros pilares del marxismo alemán, publicó su manifiesto de reformismo, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, que conduciría a un enconado debate en el movimiento internacional. Tampoco hay que olvidar que en aquel momento se publicaron, también por primera vez, libros con títulos como *La crisis del marxismo* (de Masaryk, más tarde presidente de Checoslovaquia).

La cuestión principal enmascarada tras la crisis Millerand y el debate sobre el revisionismo de Bernstein era: ¿reforma o revolución? Puesto que a finales de la década de 1890 se esperaba el inminente colapso del capitalismo, por lo menos en las economías desarrolladas, ¿cuál era la función histórica de los movimientos obreros? En otras palabras, ¿había una vía no revolucionaria hacia el socialismo? Los casos de Millerand y Bernstein eran especialmente escandalosos porque no había manera de escapar a la forma perentoria en que habían planteado la cuestión. Bernstein había de ser rechazado porque enfureció a todas las secciones de la Internacional proponiendo una franca revisión del marxismo, y por consiguiente acusado por todas y cada una de ellas. El movimiento manejó el asunto Millerand con más circunspección, puesto que incumbía a un solo individuo y la teoría socialista en cuanto a tal no se ponía en cuestión. Se propuso una solución de compromiso, que en la práctica hizo posible la parti-

cipación de personas, que no de partidos, en «gobiernos burgueses». Por lo que respecta a Bernstein, en la práctica la socialdemocracia aceptó la tesis de que la mejora de las condiciones de trabajo bajo el capitalismo era la principal preocupación del movimiento, mientras que repudiaba categóricamente su justificación teórica del reformismo. De hecho, después de 1900 incluso los movimientos obreros marxistas en los principales países del capitalismo, en lugar de vivir en un estado de guerra, convivían en simbiosis con aquél, aunque no lo reconocían.

A pesar de que trabajo y socialismo parecían inseparables, los dos movimientos no eran idénticos. Millerand y Bernstein suponían una crisis del socialismo, pero no de los movimientos obreros. Una conferencia internacional de historiadores del trabajo debatió erróneamente el tema «El movimiento laborista como proyecto de modernidad que fracasó». Los movimientos laboristas y la conciencia de clase no son «proyectos» sino, en una determinada fase de la producción social, características lógicamente necesarias y políticamente casi inevitables de clases de hombres y mujeres asalariados. El término «proyecto» se aplica más al socialismo, es decir, a la intención de sustituir el capitalismo por un nuevo sistema económico y una nueva sociedad. Los movimientos obreros surgen en todas las sociedades que contienen una clase trabajadora, excepto allí donde se evitan mediante coacción y terror. Dichos movimientos han desempeñado un importante papel en la historia de EE.UU. y siguen haciéndolo en el seno del Partido Demócrata. Al mismo tiempo, la pregunta «¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?» se planteaba ya —sobre todo por parte del antaño marxista Werner Sombart en 1906— dando por sentada la ausencia o la insignificancia del socialismo en dicho país, ya como ideología o como movimiento político. En Gran Bretaña el movimiento sindical Lib-Lab buscó apoyo político en el Partido Liberal, con el que no rompió por completo las relaciones hasta después de la gran guerra. Los socialistas y comunistas, frustrados desde hacía tiempo en Argentina, no podían comprender cómo un movimiento obrero radical y políticamente independiente podía desarrollarse, en la década de 1940, en aquel país, cuya ideología (el peronismo) consistía básicamente en la lealtad a un general demagogo.

Es más, ha habido movimientos obreros de buena fe activamente antisocialistas como la Solidaridad Polaca, y movimientos afines a determinados nacionalismos o religiones, con o sin vínculos con otras ideologías. Así, el intento por parte del gobierno británico de incluir en la década de 1970 a los católicos en el gobierno de Irlanda del Norte fue saboteado por una huelga general de la clase obrera protestante. En cambio, la historia documenta movimientos socialistas y comunistas que ni tenían ni se fundamentaban en una base de clase, tanto los cristianos ortodoxos y los herejes como las distintas comunidades creadas por los «socialistas utópicos» decimonónicos, paradójicamente más populares en los Estados Unidos en aquel entonces que en cualquier otra parte.

Evidentemente, es innegable que desde la época del *Manifiesto comunista* hasta la década de 1970, los movimientos obreros sin relación alguna con el socialismo eran excepcionales. En efecto, en la práctica es virtualmente imposible encontrar algún movimiento obrero de cualquier tipo en el que los socialistas o las personas formadas en los movimientos socialistas no desempeñasen un importante papel. Esta simbiosis del movimiento obrero y el socialismo lógicamente no fue fortuita. Ambas partes obtenían beneficios, salvo en los sistemas de «socialismo realmente existente» que abolieron los movimientos obreros en nombre de los partidos, que aseguraban representar a la clase obrera, y en nombre del socialismo.

Sin embargo, los movimientos obreros y el socialismo no eran necesariamente congruentes. De hecho, las teorías marxistas desde Kautsky hasta Lenin sostenían que estos movimientos del trabajo no generaban el socialismo de forma espontánea, sino que tenía que ser importado desde fuera. Esto quizá era una exageración. Puede esgrimirse que la era de las revoluciones americana, francesa e industrial creó la posibilidad de acabar con el orden existente y reemplazarlo por una sociedad totalmente distinta y mejor, parte de la escena intelectual general, por lo menos en Occidente. La lucha de los trabajadores por conseguir mejores condiciones, esencialmente colectivas, implicaba por lo tanto el potencial de esta sociedad mejor, es decir, socialmente más justa, y una sociedad basada en la comunidad y la cooperación, no en la competitividad. Era muy probable que los movimientos de

los pobres apoyasen y favoreciesen esta perspectiva. Lo que tenía que importarse al laborismo desde fuera era algo más: el nombre específico y el contenido de la nueva sociedad, una estrategia para la transición del capitalismo al socialismo y, sobre todo, el concepto de un partido de clase políticamente independiente y activo a escala nacional. Organizaciones como los sindicatos obreros, sociedades cooperativas y de ayuda mutua podían surgir espontáneamente de la experiencia de la vida de los trabajadores, pero no partidos políticos.

La contribución fundamental de Marx y Engels a partir del *Manifiesto comunista* en adelante fue que la organización de clase de los obreros lógicamente ha de encontrar expresión en un partido político activo a lo largo y ancho del territorio del Estado, o incluso más allá. (Hay que reconocer que esto sólo era posible en Estados democráticos constitucionales, liberales o burgueses.) Era una propuesta de enorme importancia histórica, no sólo para el movimiento obrero, que no podía llegar muy lejos en sus propósitos sin movilizar el respaldo del Estado contra los empresarios, sino para la estructura de la política moderna en general. Además, resultó realista, porque varios partidos, algunos de ellos manteniendo todavía su original filiación de clase —Partido Laborista, Partido Socialista Obrero Español, *Sveriges Socialdemokratiska Arbetarepartiet*, *Det Norske Arbeiderparti*— surgieron tras la muerte de Marx, destinados a permanecer y convertirse en partidos de gobierno o en los principales partidos de la oposición en gran parte de la Europa no comunista. Éste es un récord de continuidad e importancia casi sin parangón en nuestro continente. A propósito, esto invalida la creencia de que los movimientos obreros han de ser, o seguir siendo, revolucionarios porque no podrían llegar a ninguna parte bajo el capitalismo. En cuanto a la presunción de que por necesidad histórica el proletariado era o sería una «clase verdaderamente revolucionaria», ha resultado carente de fundamento. Por otro lado, la historia también nos ha enseñado que las revoluciones son conjuntos de acontecimientos demasiado complicados como para ser consideradas simplemente transcripciones de estructura de clase. Los teóricos e historiadores de izquierdas del movimiento obrero que, como los marxistas, intentaron explicar por qué la mayoría de partidos de clase trabajadora se negaban obstina-

damente a desempeñar el papel revolucionario que se les imputaba se habrían ahorrado mucho tiempo, esfuerzo y perspicacia.

En resumen, los países (constitucionales) de capitalismo desarrollado, en los que las revoluciones no estaban en el orden del día por otras razones, tenían revolucionarios dentro y fuera de los movimientos obreros, pero la mayoría de trabajadores organizados, incluso aquellos con mayor conciencia de clase, no solían ser revolucionarios a pesar de que sus partidos estaban comprometidos con el socialismo. La situación era naturalmente diferente en países como los de los imperios ruso y otomano, donde cualquier cambio político a mejor sólo se podía esperar que viniera a través de la revolución.

Así pues, en los principales Estados de capitalismo desarrollado parecía que nada podía estorbar la simbiosis entre el trabajo y un sistema económico floreciente a comienzos del siglo xx. No se vislumbraba ni el desmoronamiento del capitalismo ni el de las constituciones liberales cada vez más democratizadas típicas de esta región. El modelo capitalista de desarrollo tampoco parecía estar más en peligro que la estructura imperialista del globo, puesto que en el mundo «atrasado», la superioridad económica, cultural y, por supuesto, militar del mundo «avanzado» era evidente. En efecto, en los países «atrasados» donde la revolución se perfilaba como una perspectiva real y no como un simple mecanismo retórico, estaba claro para los marxistas que el desarrollo capitalista-burgués era el único camino hacia adelante. De ahí que en Rusia los llamados «marxistas legales» convirtieran el marxismo en una ideología de industrialización capitalista, pero, hasta 1917, incluso los bolcheviques estaban convencidos de que el objetivo inmediato de la inminente revolución era una sociedad burguesa liberal, puesto que sólo ésta podía crear las condiciones históricas para avanzar hacia la revolución proletaria y por lo tanto hacia el socialismo.

La primera guerra mundial pareció dar al traste con todas estas expectativas. La «era de la catástrofe», desde 1914 hasta finales de la década de 1940, vivió a la sombra de la guerra, del colapso político y social y de la revolución, sobre todo de la revolución rusa de octubre. Todo salió mal para el viejo mundo. Las guerras terminaron en revoluciones e insurrecciones coloniales. Los Estados constitucionales

democráticos y burgueses-liberales bajo el mandato de la ley dieron paso a regímenes políticos difícilmente imaginables antes de 1914 como la Alemania de Hitler y la URSS de Stalin. Incluso la economía de mercado del liberalismo económico pareció desmoronarse en la crisis de comienzos de los años treinta. ¿Podía realmente sobrevivir el capitalismo de no ser quizá en una forma que aboliese tanto la democracia como el movimiento obrero? Tan sólo la profundidad de los problemas del capitalismo global pueden explicar que, incluso fuera de la Unión Soviética, la economía industrial primitiva de la URSS de Stalin pudiera considerarse seriamente como un sistema más dinámico que el de Occidente, y por ello una posible alternativa global al capitalismo. En época tan tardía como a comienzos de la década de 1960 había todavía políticos burgueses, como el primer ministro británico Harold Macmillan, que compartían la creencia de Khrushchev de que las economías socialistas podían superar la producción de las occidentales. Incluso los más escépticos acerca del potencial y de los logros económicos de la URSS no podían negar su peso político global y su poder militar. La primera guerra mundial había acabado con el zarismo, la segunda convirtió a Rusia en una superpotencia. Para gran parte de las colonias ahora liberadas y otros lugares del «Tercer Mundo», la URSS, y a través de ella el socialismo, se había convertido verdaderamente en un modelo económico de cómo vencer el subdesarrollo.

La agenda política de los movimientos obreros y socialistas en la era de la catástrofe pasó, pues, de vivir con el capitalismo a acabar con él. La revolución y la posterior construcción de la nueva sociedad parecía una perspectiva mejor que el lento avance a través de reformas aquí y ahora hacia un distante socialismo que no se perseguía con seriedad. Sidney y Beatrice Webb, inspiradores de los fabianos británicos y apóstoles del reformismo gradual que había originado el revisionismo de Bernstein en la década de 1890, abjuraron del reformismo en los años treinta del siglo veinte y depositaron su fe en el socialismo soviético.

Sin embargo, a pesar de que las cosas fueron muy distintas después de 1917, el capitalismo en sus principales baluartes no estaba amenazado ni por el colapso final ni por una revolución limitada a los países de la periferia del sistema. La revolución soviética nunca viajó

desde Petrogrado hasta Berlín, y ahora podemos ver que no era realista esperarla. De ahí que los fundamentos de la simbiosis reformista permanecieran sólidos. De hecho ganaron más atractivo para los políticos y empresarios como salvaguarda contra la revolución social y el espectro de un movimiento comunista global, sobre todo habiéndose producido ahora una aguda distinción entre partidos socialdemócratas reformistas y comunistas revolucionarios mutuamente hostiles. Todo lo que se perdió entre las guerras fue la prosperidad que proporcionaba los medios para las necesarias concesiones a los movimientos obreros. En cualquier caso, incluso en los peores tiempos de la crisis, la mayoría de los militantes en el seno de los movimientos obreros de estos países se negó a pasar de los partidos reformistas a los partidos revolucionarios. En el período de entreguerras sólo tres Estados en los que los partidos comunistas eran legales gozaron del apoyo de las masas, e incluso allí seguían siendo más débiles que la socialdemocracia: Alemania, Francia y Checoslovaquia. Si el PC hubiera sido legal en Finlandia habrían sido cuatro. En otros lugares, los partidos comunistas entre las dos guerras alcanzaron un máximo del 6 % de votos (Bélgica, Noruega y Suecia), y esto sólo por un breve período.

Tras la segunda guerra mundial, la simbiosis se buscó de forma más sistemática como parte de una política de reforma estructural del capitalismo occidental a través de la política deliberada de pleno empleo y de lo que se convirtió en el estado del bienestar, y basada en los grandes avances de las economías capitalistas de las décadas posteriores a 1945 (1947-1973). ¿Se habría producido este intento consciente por integrar el trabajo sin la experiencia traumática de la gran depresión de entreguerras y el auge de la Alemania de Hitler? ¿Cuánto se le debía al temor al comunismo, cuyas fuerzas habían aumentado exponencialmente durante los años de la resistencia antifascista? Lo que ahora les respaldaba era una superpotencia. ¿Habría Bernstein («el movimiento lo es todo, el objetivo final nada») ganado sin Stalin y Hitler? No es probable.

Así pues, en los principales países del capitalismo el modelo revisionista del movimiento obrero prevaleció en la edad de oro del capitalismo occidental. Su victoria quedó simbolizada por el abandono formal del marxismo en el Programa de Godesberg de 1959

del Partido Socialdemócrata Alemán. Deshacerse del marxismo no parecía suponer pérdida alguna, a excepción de recuerdos sentimentales, porque cuando la edad de oro (1947-1973) tocó a su fin los objetivos del reformismo se habían alcanzado en la práctica, y los obreros estaban incomparablemente mejor de lo que habrían podido imaginar incluso los más optimistas representantes de la reforma antes de 1914. No obstante, los partidos revisionistas permanecieron arraigados en la clase trabajadora a pesar de su renuncia al «objetivo final» del socialismo, aunque insidiosamente criticados por la izquierda tradicional que militaba en ellos. La clase obrera manual, su principal base electoral, siguió votándolos. No comenzó a abandonar a sus partidos de clase hasta más tarde.

De hecho, hasta finales de los años setenta, la espectacular expansión de la producción todavía necesitaba una ingente masa de obreros manuales, que, por consiguiente, continuó siendo o se convirtió en un importante segmento del electorado. En la década de 1970 probablemente había más proletarios, en términos absolutos y relativos, en la Europa capitalista de los que había habido al final del siglo XIX, cuando la nueva conciencia de clase de los trabajadores originó repentinamente los partidos proletarios de masas. Sin embargo, es ahora evidente que estos partidos de clase trabajadora, incluso los reformistas y revolucionarios juntos, nunca lograron más de la mitad de los votos electorales, y esto no se consiguió hasta después de la segunda guerra mundial.

Aparte del período de entreguerras, el desarrollo de los movimientos obreros en los principales países capitalistas hasta la era de la crisis después de la década de 1970 puede resumirse de la siguiente manera.

Antes incluso de la primera guerra mundial, las políticas de las clases dirigentes, enfrentadas a una creciente democratización política (acelerada por la presión ejercida desde los nuevos partidos laboristas), habían empezado a decantarse hacia la reforma social. En los países no fascistas este proceso se aceleró en el período de entreguerras, pero no se hizo sistemático hasta después de la segunda guerra mundial, bajo los lemas de «pleno empleo» y «el estado del bienestar». Incluso antes de 1914, la democratización y el crecimiento económico fomentaron un franco reconocimiento del valor de los

movimientos obreros moderados, aunque la Alemania imperial fue una excepción. Por consiguiente, los partidos y movimientos obreros en la práctica se identificaron con sus naciones-estado. Esto se puso abiertamente de manifiesto al estallido de la guerra en 1914.

El final de la guerra fue testigo de un espectacular incremento del número y del poder de la clase obrera organizada. Aunque éste no se pudo mantener durante el período de entreguerras, continuó durante y después de la segunda guerra mundial. A excepción de los países industriales tradicionalmente débiles o inestables como Francia y España, dicho incremento alcanzó su máxima fuerza en la década de 1970. De este modo, los partidos obreros se convirtieron en fuerzas de sostén del Estado y del sistema. Durante y después de la primera guerra sus representantes participaron en gobiernos y no tardaron en formar gobiernos ellos mismos, aunque no pudieron hacerlo sin el apoyo de partidos no socialistas hasta después de 1945. Estos acontecimientos alcanzaron su momento culminante en los años setenta, cuando en un determinado momento gobiernos socialdemócratas establecieron su mandato en Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Noruega, Portugal, la España posfranquista, Suecia, el Reino Unido y la Alemania Federal, a quienes se les unieron Francia y Grecia en 1981. Después llegó la crisis.

¿Qué papel desempeñaron los revolucionarios en los movimientos obreros de los principales países del capitalismo occidental? Fuera cual fuese su teoría, en la práctica no podían ser revolucionarios, puesto que no cabía esperar ni la caída del capitalismo ni la del socialismo. Por otro lado, eran necesarios, ya que incluso los movimientos obreros no socialistas dependían de la combinación de la lucha de clases en el lugar de trabajo y de la presión política sobre los gobiernos nacionales, por no mencionar las ideas que expresaban sus aspiraciones. Allí donde los sindicatos obreros eran fuertes, los revolucionarios podían desempeñar un papel relevante, de manera que las pequeñas minorías de comunistas podían llegar a ser desproporcionadamente efectivas en países como Gran Bretaña y EE.UU., donde sus partidos eran políticamente desdeñables. El auge de la influencia del Partido Comunista en el movimiento sindical británico alcanzó su punto máximo en la década de 1970, cuando el PC ya estaba a las puertas de la muerte.

En las dictaduras que quedaron de la era de la catástrofe —por ejemplo, España y Portugal— los comunistas ilegales seguían siendo la principal fuerza de resistencia, y desempeñaron un importante papel en la transición a la democracia en los años setenta, pero pronto quedaron marginados. En Italia, el partido comunista de masas más grande de Europa, excluido sistemáticamente del gobierno por la presión de EE.UU., se distanció de la URSS y se decantó hacia un modelo socialdemócrata. En Francia, siguió una política reformista durante algunos años en la década de 1970 como parte de algo semejante a un nuevo Frente Popular iniciado por Mitterrand, que había reconstruido el Partido Socialista. Entró brevemente en el gobierno bajo el presidente socialista en 1981-1984, la primera vez desde 1947 que un Partido Comunista tenía la oportunidad de hacerlo, pero no tardó en retomar la tradicional línea dura. Derrotado en las elecciones y por la estrategia de los reconstituidos socialistas desde 1947, perdió el apoyo de las masas en la década de 1980.

La situación era muy distinta fuera de los países nucleares del capitalismo, incluyendo los Estados que se encontraban ahora bajo los regímenes de las victoriosas revoluciones leninistas de 1917 y 1945-1949. Los bolcheviques rusos habían accedido al poder en nombre del proletariado y sus planes quinquenales crearon una ingente clase obrera industrial, pero abolieron el movimiento obrero tal como lo conocemos. Hasta el final la Unión Soviética no permitió ninguna organización de trabajadores no controlada por el partido y el Estado, un modelo seguido en los Estados comunistas posteriores a 1945 mientras tuvieron la posibilidad de hacerlo. Se puede escribir la historia de la clase obrera en el mundo comunista e incluso la historia de los conflictos obreros, pero no la historia de los movimientos obreros, con la notable excepción de la Solidaridad en Polonia en la década de 1980.

En todo el Tercer Mundo los movimientos socialistas u obreros (exceptuando más o menos Australasia y algunas modestas salvedades) comenzaron justamente con la revolución rusa. La Segunda Internacional apenas existía en aquellas regiones, y sencillamente no había base alguna para las políticas socialdemócratas, y mucho menos para las bernsteinianas. Por otro lado, en algunos países principalmente americanos encontramos un fenómeno que, por razones históricas, apenas

existía en el viejo mundo, a saber, jefes de Estado demagogos dispuestos a fomentar los movimientos obreros como parte de su lucha contra las viejas élites de terratenientes. Esto fue lo que sucedió en Argentina y en Brasil. En México éste mismo papel lo desempeñó el PRI, el partido estatal institucionalizado que emergió tras la revolución mexicana. De hecho, desde los inicios de la verdadera industrialización en los años setenta y después, era difícil encontrar en estas regiones una clase obrera susceptible de ser organizada, aparte de los obreros portuarios y textiles, de la minería, de la energía y del transporte. No obstante, a partir de entonces surgieron dos movimientos comparables a lo que había sucedido en Europa un siglo antes. La aparición de un movimiento sindical de masas en Corea y del Partido del Trabajo (PT) en Brasil, ambos en la década de 1980. La influencia del leninismo (ortodoxo o disidente) fue importante en estos movimientos, pero fue decisiva sólo en unos pocos países. No obstante, fuera cual fuese la ideología o no-ideología que sustentaba estos movimientos, prácticamente todos se produjeron en países donde los golpes de estado militares, la revolución, las luchas callejeras y las pistolas eran más habituales que la política democrática pacífica. En China y Vietnam, al igual que en la URSS, la industrialización de masas no pudo conducir a una organización obrera independiente.

Entonces, a partir de la década de 1970, todo cambió: tanto Lenin como Bernstein perdieron toda posibilidad. Todo el mundo sabe que el sistema soviético se desmoronó, mientras los partidos comunistas no estatales se iban debilitando. Lo que no es tan normal es que la socialdemocracia de Bernstein también fuera barrida. El edificio del reformismo descansaba sobre un triple cimiento. El primero era el tamaño y crecimiento de la clase trabajadora, la conciencia que unía en una sola clase a una masa heterogénea de trabajadores y a los más o menos pobres, y la disposición de los gobiernos democráticos burgueses, incluso antes de 1914, a hacer concesiones a estos importantes bloques de votantes, siempre y cuando su comportamiento no fuera demasiado radical. Pero desde los años setenta, las clases obreras manuales de los principales países capitalistas (el «Primer Mundo») se redujeron en términos relativos y absolutos, y perdieron

buena parte de su conciencia de clase unificada y unificadora. Tan exagerado fue esto que algunos grupos en el seno de estas clases, incondicionalmente anclados al movimiento en el pasado, se desplazaron a partidos de liberalismo económico, como sucedió en Gran Bretaña bajo el gobierno de Thatcher y en EE.UU. bajo el de Reagan. En los años ochenta se observa también el auge de partidos de derecha nacionalista radical con atractivo para los votantes de las clases obreras, especialmente en Francia (dirigido por Le Pen) y en Austria (dirigido por Haider). Además, el enorme aumento de la riqueza de las opulentas sociedades consumistas, que también favoreció a las clases obreras, socavó la creencia axiomática de que la verdadera mejora del individuo de la clase trabajadora podía alcanzarse solamente mediante la solidaridad y la acción colectiva.

En cuanto al papel que desempeñó el declive de las ideologías de izquierdas, originadas en la Ilustración del siglo XVIII, incluyendo el socialismo, tan sólo se puede intuir. En Europa probablemente fue significativo, pero no así en zonas de Asia y África, especialmente en las regiones musulmanas. La revolución iraní de 1979 fue la primera revolución importante desde la época de Cromwell que no se inspiró en ninguna ideología laica, sino que atrajo a las masas con la lengua de la religión, en este caso la del islam chiíta. Posteriormente, un islam fundamentalista politizado (suní) empezó a emerger en diversas regiones entre Pakistán y Marruecos y cobró fuerza. Al mismo tiempo se produjo, como ya hemos visto, un acusado declive del marxismo y de la izquierda socialdemócrata y una despolitización general, tanto de los obreros como de los estudiantes.

La revolución rusa brindó al reformismo un segundo cimiento: el temor al comunismo y a la URSS. El avance de ambos durante y después de la segunda guerra mundial parecía, por lo menos en Europa, requerir de los gobiernos y de la patronal una contrapolítica de pleno empleo y seguridad social sistemática. Pero la URSS ya no existe, y con la caída del muro de Berlín el capitalismo podía olvidar sus temores, y por consiguiente perdió interés en las personas que difícilmente podían llegar a poseer acciones. En todo caso, incluso los períodos de desempleo masivo de las décadas de 1980 y 1990 parecían haber perdido el antiguo poder de radicalizar a sus víctimas.

Sin embargo, después de 1945 el reformismo y especialmente el pleno empleo se revelaron necesarios para la economía y la política tal como habían pronosticado Keynes y los economistas suecos de la socialdemocracia escandinava. Éste sería el tercer cimiento del reformismo. Se convirtió en la política no sólo de los gobiernos socialdemócratas sino de casi todos los gobiernos (sin excluir a EE.UU.), y aportó a los países occidentales estabilidad política y un éxito económico sin precedentes. Los gobiernos no se dejaron convencer por las ideologías individualistas del liberalismo económico radical, que por aquel entonces habían infestado la facultad de economía de Chicago, hasta la nueva era posterior a 1973, cuando la economía y la política de reformas de la posguerra ya no daban resultados positivos. Para los gobiernos, los movimientos obreros, los partidos obreros y también los sistemas públicos de bienestar social no eran más que impedimentos al libre mercado que garantizaba un máximo crecimiento de los beneficios y la economía y, por lo tanto, según argumentaban los ideólogos, del bienestar general. Desde el punto de vista ideológico deberían ser abolidos, aunque en la práctica resultó imposible. El «pleno empleo» fue reemplazado por flexibilidad del mercado laboral y la doctrina de «la tasa natural del desempleo».

Fue también el período en que los Estados-nación retrocedieron ante el avance de la economía global transnacional. A pesar de su internacionalismo teórico, los movimientos obreros sólo eran efectivos dentro de las fronteras de su Estado, encadenados a sus Estados-nación, especialmente en las economías mixtas dirigidas por el Estado y en los estados de bienestar de la segunda mitad del siglo XX. Con el retroceso de los Estados-nación, los movimientos obreros y los partidos socialdemócratas perdieron su arma más poderosa. Hasta hoy no han conseguido funcionar a escala transnacional de forma satisfactoria.

Cuando el capitalismo entra en un nuevo período de crisis, nos encontramos al final de una peculiar fase de la historia de los movimientos obreros. En las «economías emergentes» que se están industrializando con rapidez no existe la posibilidad de que se produzca un declive en el trabajo industrial. En los países ricos del viejo capitalismo los movimientos obreros todavía siguen vivos, aunque obtienen su fuerza en gran medida de los servicios públicos que, a pesar de las campañas neoliberales, no muestran signos de disminuir. Los movimientos oc-

cidentales han sobrevivido porque, como Marx había pronosticado, la gran mayoría de la población económicamente activa depende de sus sueldos y salarios y, por consiguiente, reconoce la distinción entre los intereses de los que pagan el salario y de los que lo reciben. Cuando estallan conflictos entre ambas partes, éstos implican una acción colectiva, en todo caso por parte de quienes reciben el salario. Por consiguiente, la lucha de clases continúa, tanto si está respaldada por ideologías políticas como si no.

Por otro lado, la distancia entre ricos y pobres y las divisiones entre grupos sociales con intereses divergentes continúan existiendo, tanto si se denomina «clases» a estos grupos como si no. Fueran cuales fueren las diferentes jerarquías sociales hace cien o doscientos años, la política continúa, aunque sólo en parte como política de clase.

Por último, los movimientos obreros continúan existiendo porque el Estado-nación no está en vías de extinción. El Estado y demás autoridades públicas siguen siendo las únicas instituciones capaces de distribuir el producto social a su pueblo, en términos humanos, y cubren las necesidades humanas que el mercado no puede satisfacer. Por consiguiente, la política fue y sigue siendo una dimensión necesaria de la lucha por la mejora social. Efectivamente, la gran crisis económica que empezó en 2008 como una especie de equivalente de derechas de la caída del muro de Berlín aportó la inmediata percepción de que el Estado era esencial para una economía en apuros, lo mismo que había sido esencial para el triunfo del neoliberalismo cuando los gobiernos establecieron sus fundamentos mediante la sistemática privatización y liberalización.

Sin embargo, el efecto que tuvo el período 1973-2008 en la socialdemocracia fue que abandonó a Bernstein. En Gran Bretaña sus líderes consideraron que no tenían más opción que confiar en los beneficios que automáticamente generaba el crecimiento económico del libre mercado global, más una protección social proporcionada desde arriba. El «Nuevo Laborismo» se identificó con la sociedad impulsada por las fuerzas del mercado y siguió así hasta su caída en 2008, cortando casi su vínculo orgánico con el movimiento obrero. El caso es extremo, pero la situación de la socialdemocracia reformista en otros feudos (incluyendo el del único Partido Comunista de masas que queda, el italiano) se deterioró profundamente, salvo quizá en la ahora

reunificada Alemania y en España. Los comunistas, divididos entre «eurocomunistas» moderados y tradicionalistas de línea dura, entraron en decadencia hasta el punto en que el comunismo desapareció como fuerza política significativa en Occidente.

No obstante, esta era tocó también a su fin cuando en 2008 el mundo entró de repente en la crisis más seria del capitalismo desde la era de la catástrofe. Al inicio, la situación del laborismo era incongruente. Sus partidos seguían en el gobierno en una serie de países europeos, en solitario o como parte de una «gran coalición» (España, Portugal, el Reino Unido, Noruega, Alemania, Austria y Suiza). El repentino colapso financiero rehabilitó al Estado como agente económico cuando la patronal y los obreros apelaron a él para salvar lo que quedaba de las industrias nacionales. Por otro lado, había ya claros signos de militancia laboral y descontento público, aunque entre los trabajadores la vieja tradición de «salir a la calle» (*descendre dans la rue*, como decían los franceses) se había debilitado, a pesar de que en algunos países europeos y en otros lugares, como Argentina, todavía estaba viva y era políticamente significativa. Aún existían importantes movimientos sindicales en gran medida dirigidos por hombres y mujeres que habían salido de la tradición socialista, tanto socialdemócrata como comunista.

Sobre el papel, en aquellos momentos parecía posible un resurgimiento de los movimientos sindicales vinculados a la izquierda ideológica. No obstante, en la práctica, sus perspectivas a corto plazo eran menos alentadoras, incluso para aquellos que no recuerdan que el resultado político inmediato de la Gran Depresión de 1929-1933 fue un dramático alejamiento de los movimientos obreros y de la izquierda en casi todas partes de Europa. Los socialistas, tradicionales cerebros de los trabajadores, no saben cómo superar la crisis actual, pero tampoco ningún otro lo sabe. A diferencia de lo ocurrido en la década de 1930, no pueden recurrir a ejemplos de regímenes comunistas o socialdemocráticos inmunes a la crisis, ni tienen propuestas realistas para un cambio socialista. En los viejos países capitalistas de Occidente la desindustrialización ya había reducido y seguiría contrayendo su base principal, tanto industrial como electoral: la clase obrera industrial. En los países emergentes donde las cosas no eran así, los movimientos obreros podían extenderse, pero no había ninguna base real para su alianza con las

